

## AUSCHWITZ O SINAI

David Hartman

El presente artículo apareció en la prensa israelí durante la guerra del Líbano. El autor, profesor de Filosofía de la Universidad Hebrea de Jerusalem y Director de Instituto Shalom Hartman para Estudios Judíos, es un importante exponente del pensamiento judío religioso contemporáneo. Por su valentía en confrontar temas candentes y por su claridad conceptual, pensamos que este texto será del interés de los lectores de *Maj'shavot*. Consideramos que es un aporte a las múltiples polémicas que en la actualidad se están produciendo en torno al Estado de Israel, el problema palestino y el derecho de los judíos de la diáspora de opinar al respecto, etcétera.

Tomado del *Jerusalem Post*, Noviembre de 1982.

Hay un saludable espíritu de seria autoevaluación crítica hoy en Israel. El éxtasis triunfante de la Guerra de los Seis Días ya no domina la conciencia de muchos israelíes.

Mirando retrospectivamente, el jubiloso sentido de victoria creado por la Guerra de los Seis Días fue una bendición en parte. Además del efecto positivo de despertar al mundo judío sobre la centralidad e importancia de Israel, dio pie también al surgimiento de una autoadulación nacional. La sociedad israelí revela hoy una sana y sobria apreciación de las complejidades morales y políticas, y un serio sentido de responsabilidad por las acciones humanas no premeditadas. Estos elementos entraron en foco durante la guerra reciente y son positivos y esperanzados signos de una madura orientación hacia la vida.

El hecho de que nuestro país tolera y alienta serios y a menudo ásperos desacuerdos es señal de su salud y fortaleza interna. No hay duda de que la sociedad israelí contiene los elementos morales vitales necesarios para la reconstrucción y la renovación.

En la tradición judaica, la fe en la renovación resultaba del respeto por una madura e inteligente autocrítica. "Jeshbón Hanéfesh" (introspección). Es una condición necesaria para la "teshuvá" (renovación). La honestidad consigo mismo y con los demás es condición necesaria para una auténtica creatividad y crecimiento humano.

La creencia en el poder de la renovación es un motivo central en el judaísmo. Conceptos tales como determinismo psicológico, inevitabilidad y fatalismo son ajenos a la tradición de nuestro concepto sobre la acción humana. La creencia en una libertad radical, en un futuro abierto, en la sorpresa y en la novedad, fue un elemento crucial en la vitalidad y perseverancia del judaísmo.

Hay, empero, una diferencia fundamental entre la esperanza y el anhelo por un nuevo futuro que refleja sueños románticos, y las aspiraciones que han sido

probadas a través del sufrimiento, los fracasos y la perseverancia. Aunque somos una joven nación la intensidad de nuestra realidad política y nuestra larga memoria histórica, nos proveen de las experiencias necesarias para poner en movimiento nuevas y maduras direcciones a nuestra sociedad.

A causa de mi creencia en que un espíritu maduro está creciendo en el país, sugiero que consideremos seriamente el siguiente tema: ¿Es Auschwitz o el Sinaí la categoría orientadora que conforma nuestra comprensión del renacimiento del Estado de Israel? Hay importantes diferencias resultantes del relativo énfasis que nosotros ponemos en estos dos modelos.

En el siglo XX nos hemos convertido en una nación traumatizada. Las fuerzas demoníacas del antisemitismo han brutalizado y horrorizado nuestra sensibilidad. Nunca podremos olvidar la destrucción de millones de judíos en la Segunda Guerra Mundial. Muchos, en consecuencia, justifican e interpretan la significación de nuestro renacimiento en términos de persecución y sufrimiento judío.

Se oye a menudo en discursos en la Knesset. "Nunca más volveremos a ser vulnerables. Nunca volveremos a exponer nuestras vidas a las fuerzas políticas destructivas del mundo. Nuestro poderoso ejército ha eliminado la necesidad de rogar piedad y compasión de las naciones del mundo".

En tanto respeto y comparto la angustia expresada en estos sentimientos, creo que es destructivo hacer del Holocausto la categoría dominante de la moderna historia judía y de nuestro renacimiento y renovación nacional. Es peligroso, tanto moral como políticamente, para nuestra nación percibirse a sí misma como el sufrido remanente del Holocausto.

Es infantil tratar de demostrar que los sufrimientos del pueblo judío son únicos en la historia.

Sin duda, hay mucha maldad e inmoralidad en el mundo. Pero esto no debe tentarnos para ser moralmente arrogantes. Hay individuos obsesionados con el trauma del Holocausto que proclaman que nadie puede juzgar al pueblo judío porque nadie ha sufrido como él.. Ninguna nación tiene el derecho de llamarnos a un juicio moral. Nosotros no necesitamos tomar seriamente las críticas morales del mundo porque el carácter único de nuestro sufrimiento nos coloca por sobre el juicio moral de un mundo inmoral.

La víctima juzga a otros pero rehúsa ser juzgada. Al actuar así, se viola un principio básico del Judaísmo: nadie puede juzgar si rehúsa ser juzgado.

Israel no es solamente una respuesta al moderno antisemitismo, sino, por sobre todo, una moderna expresión del eterno pacto del Sinaí, que ha conformado la conciencia judía a través de milenios. No fue Hitler quien nos trajo de regreso a Sión, sino la creencia en la validez eterna del pacto del Sinaí. No se necesita visitar a Yad Vashem con el propósito de comprender nuestro amor por Jerusalem. Será peligroso para nuestro crecimiento como un pueblo sano, si el recuerdo de Auschwitz se convierte en el nuevo "Sinaí".

En Sinaí, descubrimos la absoluta demanda de Dios; descubrimos quiénes

somos por lo que hacemos. En Sinai la existencia precede a la esencia. El Sinaí nos llama a la acción, al despertar moral, a vivir constantemente con el desafío de construir una sociedad moral y justa, que refleje el reino de Dios en la historia. Sinaí crea humildad y apertura a las demandas de autotranscendencia. En este sentido, es la antítesis del narcisismo moral que puede resultar del sufrimiento y de verse a sí mismo como una víctima.

La centralidad de la "mitzvá" en el Judaísmo tritura el egocentrismo y demanda del judío que se juzgue a sí mismo por la forma en que actúa y no por mitos místicos referentes a la pureza o el carácter único del alma judía. "Naasé Venishmá"(haremos y escucharemos) fue la respuesta de nuestro pueblo en el Sinaí. Nosotros nos comprendemos a través de nuestra acción.

Sinaí no nos habla acerca de la pureza moral de la nación judía, sino del significado de la aspiración a vivir según los Mandamientos. Sinaí expone permanentemente al pueblo judío a juicios y aspiraciones proféticas. Los judíos nunca temieron someterse a juicio por falta de cumplimiento de sus responsabilidades emergentes del pacto.

Inmediatamente después del relato de la revelación en el Sinaí, se nos recuerda la deslealtad de Israel hacia el pacto en la vívida descripción del incidente del becerro de oro. Sinaí nos enseña que no hay significado para la elección sin juicio, no hay privilegios sin exigencias.

Sinaí exige del judío que crea en la posibilidad de integrar la seriedad moral del profeta con el juicio político del estadista. La política y la moral estaban unidas cuando Israel nació como nación en el Sinaí. El Sinaí prohíbe al pueblo judío abandonar el esfuerzo de crear un lenguaje moral compartido con las naciones del mundo.

El renacimiento de Israel puede ser visto como un retorno a la plenitud del pacto del Sinaí, al Judaísmo como forma de vida.

Las aspiraciones morales y espirituales de la tradición no estaban destinadas a ser concretadas en los sermones del Shabat o por soñadores mesiánicos que esperan pasivamente la redención en los márgenes de la sociedad, para irrumpir milagrosamente en la historia. El estudio de la Torá no es un sustituto para la vida electiva; tampoco la oración y la sinagoga escapan de la ambigüedad y complejidades de la vida política.

El mundo judío tendrá que aprender que hemos dejado la atmósfera de la sinagoga como el marco exclusivo de definición para la vida comunitaria judía. La seriedad moral y la prudencia y madurez política deben ser atributos de nuestra nación si queremos ser juzgados por la forma en que luchamos para integrar el pacto del Sinaí con la complejidad de las realidades políticas. Todo Israel es, en un sentido importante, la nueva sinagoga del siglo XX.

El establecimiento del moderno Estado de Israel nos ha sacado del aislado mundo del ghetto, y ha expuesto al Judaísmo y al pueblo judío ante el juicio universal. Ya no podemos esconder nuestras debilidades y errores. Debemos definir quiénes somos por lo que hacemos y no por la obsesión de algunos líderes,

por la larga y noble historia del sufrimiento judío.

El Judaísmo nos enseña que debemos entrar a la tierra de Israel sólo luego de escuchar el desafío del Sinaí. Los profetas nos enseñan que el Estado sólo tiene valor instrumental para el propósito de englobar las demandas del pacto asumido por el Judaísmo.

Auschwitz, al igual que todo el sufrimiento judío del pasado debe ser absorbido y comprendido dentro del marco normativo del Sinaí. Guardaremos luto para siempre por el recuerdo de Auschwitz. Construiremos una sana sociedad nueva por el recuerdo del Sinaí.

*Traducción: Salo Sadi.*